

T ↓

ALGUNOS ASPECTOS DE LA TEORÍA ECONÓMICA
COMO PRÁCTICA PEDAGÓGICA

A →

ELIEZER MORALES ARAGÓN*

- TEORÍA ECONÓMICA, ENSEÑANZA
- ENSEÑANZA, TEORÍA ECONÓMICA
- PRÁCTICA PEDAGÓGICA, TEORÍA ECONÓMICA
- PROBLEMAS DE LA ENSEÑANZA TEORÍA, ECONOMÍA
- ECONOMÍA E IDEOLOGÍA

(ETEEC)
(EELPO)

Adelantándonos al desencanto, debe señalarse que lo que aquí se dice no tiene, ni con mucho, la pretensión de originalidad, de asunto nunca tratado antes. La verdad es que los temas que ahora abordamos, ya antes han sido motivo de revisión y análisis por otros autores, demás está decir en forma más completa y lúcida. En estas condiciones, el único mérito del que se podría presumir sería el de haber insistido sobre un aspecto particular de la enseñanza de la teoría económica en su contenido y como práctica pedagógica. Adicionalmente se presentan reunidas algunas de las opiniones que se consideran más relevantes para ilustrar un punto de vista. Desde luego, a quienes deseen opiniones mejor fundamentadas y con una mayor autoridad se recomienda la bibliografía utilizada en un intento por proporcionar una guía práctica y desde luego mucho más concluyente sobre el tema.

Dentro del esfuerzo intelectual, debe insistirse que siempre ha habido "una primera vez" que, desafortunadamente no es la nuestra. El animal que más se parece al autor es la metódica ardilla que concienzudamente hurta provisiones que consume de acuerdo con sus particulares necesidades y preferencias intelectuales.

Quedan pues anotados a nuestro cargo, todos los plagios aquí consignados, producto de nuestra cleptomanía intelectual; la confusión bajo la cual hemos actuado, esperamos sea dispensada a cambio del esfuerzo realizado. Asimismo las tergiversaciones conceptuales son nuestras.

El verdadero economista debiera ser capaz de responder no sólo el

* Profesor de tiempo completo, Facultad de Economía, UNAM.

monto y el por qué del producto nacional sino y, sobre todo, las preguntas sobre la erradicación del hambre, el incremento del empleo y la redistribución del ingreso. Alguna respuesta sofisticada nos señalará doc-
tamente la “incompatibilidad” de las interrogantes y hasta cierta “con-
tradicción inherente”, pero si la ciencia económica sólo es capaz de
racionalizar nuestra impotencia o peor aún, los intereses creados, re-
sulta claro que es la hora de abordar nuestros problemas desde ángulos
menos armoniosos y tecnificados pero también desde un punto de vista
más constructivo.

Hasta la fecha únicamente la ingenuidad presuntuosa de los econo-
mistas puede hacerles llegar a la conclusión de que su instrumental
teórico no es sólo una elegante explicación de lo que ocurre en el
árido mundo del cálculo, de los pesos y centavos, de las tasas de esto
y lo otro; la pretensión también abarca la definición de políticas, téc-
nicamente bien delineadas y asépticamente diseñadas para el bien co-
mún y sin asomo alguno de interés creado o de clase. Todo esto es
muy comprensible, sobre todo desde el punto de vista humano, pero
en la mayor parte de los casos resulta tan falaz como el ritual del
exorcista que ahuyenta los malos espíritus.

¿Crece nuestro producto nacional? Claro está, pero ¿qué mérito
intrínseco —aparte del de su medición— puede atribuirse a los econo-
mistas? ¿Qué ocurre con la distribución del ingreso? Bueno, lo más
prudente es no involucrarse en nada de lo que sucede en esta parte
de la economía, so pena de que recaiga sobre nuestras cabezas un
negro baldón. Y así por el estilo. La imposición y la estructura fiscales,
¡el subempleo y el desempleo!, el descenso de los salarios reales, etcéte-
ra. Parece que existe una relación directa entre el aumento absoluto
y relativo de los economistas y los problemas económicos o, para decirlo
más “conceptualmente”, la elasticidad problema entre el número de
economistas y las dificultades económicas es mayor que la unidad.

Todo esto, un poco en broma y lo demás totalmente en serio, viene
a cuento porque los modernos aprendices de brujo y si se prefiere más
solemnemente los “sacerdotes de pueblos” como dijera algún ilustre
maestro, sabemos menos de lo que presumimos, podemos menos de lo
que pretendemos y queremos menos de lo que pregonamos. Procede
pues. más modestia y responsabilidad, menos petulancia y mayor arraigo
en la realidad, lo que vale tanto como reclamar una dosis más consi-
derable de inteligencia.

Delinear una política proporciona, entre otras ventajas, el inefable
placer de construir el futuro y esta voluptuosidad es, entre las muchas

destinadas a la profesión, una de las más deleitosas. La satisfacción se coloca en la cumbre cuando las predicciones conciernen a la economía "pura" o teoría económica, ya que las posibilidades de tropiezo se reducen radicalmente.

No obstante, la historia demuestra que dentro del círculo selecto de los predictores máximos es donde se registran los casos más evidentes, si bien no demasiado dramáticos, de fracaso rotundo. Adivinar el futuro o más correctamente, avisarlo, ha sido una de las metas más ingrata y persistentemente negadas a los economistas. Se conocen casos en los que el talento teórico-especulativo de un economista famoso se ha mostrado incapaz de discernir correctamente una situación que para los legos o pragmáticos era relativamente fácil pronosticar; tal es el caso tristemente célebre de los economistas neoclásicos ante la crisis de 1929. Desde luego no se trata de las limitaciones personales de tal o cual teórico ya que por lo general es reconocido que entre ellos podríamos encontrar talentos realmente esclarecidos, cerebros dotados de un gran poder de análisis y abstracción pero que, en este como en otros momentos, no tuvieron la perspicacia para percibir ciertos hechos decisivos de su época. El problema es más profundo y creemos que la aproximación para aclararlo es afirmar que los científicos sociales, incluidos los economistas, padecemos de un mal profesional que se puede designar provisionalmente como la *limitación del horizonte científico*.

Todo conocimiento científico comparte ventajas y limitaciones intrínsecas en su concepción general, en su instrumental y, finalmente en las preguntas que puede responderse. Además, en las ciencias sociales se deben asumir las limitaciones particulares de la naturaleza histórica de las disciplinas. Un planteamiento general, un instrumental dado y las interrogantes que plantea la economía, por ejemplo, son por naturaleza fluentes, móviles a la par que relativamente elusivas en su apreciación histórica. Salvo cuando se examina retrospectivamente, se requiere una capacidad de análisis excepcional y de un acervo de información notable para poder situar correctamente un momento histórico, tratar de establecer una línea de fuerza de desarrollo lo suficientemente vigorosa para que sea realista.

Además, debe considerarse la circunstancia de que los economistas se encuentran invariablemente inmersos en la realidad que estudian, son parte integrante de la cosa juzgada. La teoría de las clases sociales y sus intereses explica esta problemática que viene a sumarse a las características o si se quiere, a los problemas de la realidad y el análisis económico.

Parece ser un hecho dramáticamente cierto el que, a pesar de nuestras pretensiones, los economistas nos encontramos básicamente incapaces para realizar casi cualquier clase de previsión confiable de largo plazo. Excepción hecha del análisis empresarial de corto plazo que cae más dentro del área de la técnica administrativa o contable, el resto de las proyecciones y sobre todo los análisis de conjunto que realiza la ciencia económica más bien deben contemplarse con escepticismo y en ocasiones con franca desconfianza, no sólo en cuanto a su certidumbre, sino también en cuanto a sus intenciones que en la mayor parte de los casos son francamente apoloéticas.

Ni siquiera es necesario recordar las diferentes experiencias históricas que prueban la incapacidad de la ciencia económica y de los economistas, que paradójicamente, nunca quebranta su fe. La explicación parece residir en el hecho de que la formación de los hábitos intelectuales de los economistas es eminentemente mecanicista, incapaz de integrar de una manera fluida el cambio como un hecho esencial dentro del análisis económico. La presencia de algunas mentalidades excepcionales han impreso a la ciencia, no una perspectiva audaz y penetrante, sino más bien una suerte de *seguidismo intelectual* que en la peor de sus acepciones llega al escolasticismo más rancio. La apertura de otros horizontes no ha jugado, excepto ocasionalmente, ningún papel precursor y sólo ha dado base al ahondamiento de un rutinarismo adormecedor.

En las desavenencias doctrinarias que se dan en el campo de la ciencia económica subyace, sofisticado, el enfrentamiento de las distintas organizaciones económicas. De este modo, “la principal confrontación es actualmente la de los sistemas capitalista y socialista, y en el plano doctrinario de la economía política neoclásica y marginalista y la economía política marxista”.¹

La perspectiva que se plantea de esta manera es que los desarrollos teóricos consiguientes se desenvuelven desde ángulos diametralmente opuestos. Por una parte, están las preferencias individuales que se objetivan en juegos de oferta y demanda que fijan los precios individuales, los que a su vez integran un infinito número de juegos similares que devienen finalmente en la estructura del mercado. En este esquema, el consumidor dicta por medio de su voto monetario las pautas del desarrollo de la producción en cada instancia del intercambio. De más está decir que las instituciones y por ende el funcionamiento del sistema capitalista se tienen por preestablecidos. Tal es la perspectiva del esquema neoclásico con su expresión más acabada: el marginalismo moderno.

¹ Godelier Maurice, *Racionalidad e irracionalidad en la economía*, p. 11.

En el campo del marxismo, las determinantes sociales tienen preeminencia. El estudio de la producción y la distribución como parte esencial del proceso dentro del cual los hombres son capaces de satisfacer sus necesidades, adquieren una dimensión tal que involucran los distintos niveles de participación, conflicto y desequilibrio que forma parte del acontecer cotidiano en el seno de la sociedad.

En la perspectiva descrita, queda por dilucidar la congruencia científica de ambos enfoques. Godelier sostiene que el enfoque marginalista no responde adecuadamente a las exigencias de explicar la génesis, funcionamiento y evolución del sistema capitalista, en tanto sólo es capaz de describir el comportamiento de los individuos, por medio de la estructuración de una serie de modelos formales, prescindiendo en todo de la mensuración social. Pretende abordar esta dimensión por medio de adiciones individuales y ponderaciones estadísticas e ignorando casi todo lo que tienen de distintivo e intrínsecamente diferenciado. En ese sentido la teoría marginalista debe considerarse como una vasta “construcción ideológica coherente, construida sobre la teoría del ingreso marginal de los factores de la producción y coronada por la teoría del equilibrio de la competencia perfecta”.²

Evidentemente la teoría marginalista nunca ha pretendido intentar explicar el sistema capitalista en los términos en que se le exige; en todo caso su objetivo declarado reside en esclarecer la forma en que opera una economía de mercado, dejando de lado —elegantemente— todos aquellos elementos que escapan a sus propósitos explícitos. De esta suerte a la escuela marginalista se le enjuicia *por lo que no dice* y después por lo que dice y la forma que asumen sus aseveraciones; en estas circunstancias va sea que anotemos el tanto malo por omisión o comisión el hecho es que esta escuela no es una teoría general en el sentido estricto del término, a pesar de lo cual debe señalarse que es capaz de explicar, más o menos satisfactoriamente, un conjunto de problemas que ocurren en *el interior* del sistema, o que aclara hechos parciales y llega a conclusiones que tienen sobre todo una utilidad de orden instrumental. Godelier resume estos logros parciales del siguiente modo:

1) “En la medida en que la categoría precio es más compleja que la categoría de valor, porque expresa a la vez costos de producción y la relación de oferta y demanda, el marginalismo aporta conocimientos parciales sobre una parte del mecanismo de formación de los precios a corto y medio plazo”.

² Godelier, *op. cit.*, p. 28.

2) A pesar de la ausencia de rigor analítico existe una serie de conceptos económicos de uso cotidiano cuya connotación común y corriente, que aun cuando carece de congruencia científica, su manejo en la teoría marginal esclarece ciertos hechos parciales que determinan reglas técnicas de comportamiento del empresario capitalista que coadyuvan al desenvolvimiento empresarial al maximizar los resultados. Tal es el caso por ejemplo de la utilidad, el precio, el salario, etcétera.

3) En el análisis de los problemas de la economía nacional, la aplicación del cálculo para definir montos y canales de inversión, tasas de diversa índole y otros permiten ordenar y jerarquizar de algún modo metas de carácter global, aún dentro del marco de una economía de mercado.

Ante el hecho de que el marginalismo “no puede plantear ni resolver problemas que, según Godelier, son la esencia de la economía como ciencia”, y en vista de que sólo quedaría en pie la posibilidad del pensamiento marxista, Godelier propone la idea de un marxismo renovado que incorpore y resuma los logros parciales de las doctrinas neoclásica y marginalista insertándolas dentro de su propio cuerpo analítico. Algunos de estos temas serían los de la competencia y el papel de la oferta y la demanda, entre otros que aquí interesa señalar.

Godelier especula acerca de la coherencia de la teoría marginalista una vez que ha concluido que su estructura se encuentra cargada de los elementos ideológicos que son propios del sistema capitalista. Su respuesta sin embargo no es totalmente condenatoria ya que, por ejemplo, el cálculo en el margen es correcto. En este caso sólo se trata de encontrar un óptimo que puede hallarse sistemáticamente y en este punto no se encuentra ningún elemento de teoría económica. Ahora bien, en tanto la doctrina marginalista se muestra incapaz de explicar el origen y la esencia del valor de cambio y el proceso de formación de los precios, tampoco puede ahondar satisfactoriamente en el origen y la esencia de la utilidad capitalista la cual sólo se explica como la diferencia entre el precio de venta y el costo de la mercancía; este último, en un mercado de competencia, depende de su oferta y su demanda. La mecánica opera en una esfera en la cual el proceso de “creación” y su agente más eficiente, el trabajo humano, se encuentra ausente. La cobertura ideológica que pretende explicar el origen de la ganancia es pues, muy eficaz: se genera una diferencia que es la utilidad, es posible determinar una tasa de ganancia y sobre todo, es factible omitir la existencia del trabajo asalariado, lo que a

su vez oculta el problema de la explotación. La prevención expresada por Joan Robinson en el sentido de que el sistema de precios basado en la oferta y la demanda es un mal amo, pero puede ser un buen sirviente, nos puede poner sobre la pista del significado real de este artificio técnico.

La actual creencia profesional (modelo neoclásico de proceso económico), tan profundamente aceptada como lo fue antaño el modelo competitivo o Ley de Say, excluye también, de modo parecido, cuestiones urgentes o políticamente inconvenientes de la vida profesional económica. Conviene que recordemos que esto no tiene nada de nuevo. Por el contrario, es completamente normal; es un aspecto nacido de la sociología de la disciplina. También lo es la vehemente insistencia de que la economía es absolutamente científica y neutral, cuando tiene una intención completamente política.

En lo que toca a la teoría de la conducta del consumidor y su famosa soberanía, tan estimada por Paul A. Samuelson, existe ya una vigorosa y prolija argumentación de Galbraith que nos debiera llevar sin más trámite a la formulación de una “teoría de la conducta del productor” que podría muy bien tomar como elementos nodales las premisas marxistas, incluidas las aportaciones más recientes al tema.

En los términos en que se expone actualmente la teoría neoclásica, los cambios se generan a partir del individuo y se objetivan en sus compras por la vía del mercado hasta el productor. Dentro de esta mecánica, el mercado es el conducto a través del cual los compradores traducen sus votos de compra, todo ello con el supuesto de que sólo influyan las condiciones “objetivas y subjetivas” dentro de las que actúan, o sean los precios de las mercancías, su ingreso y sus preferencias. El productor por su parte busca incrementar sus ingresos tomando como un factor ya establecido la demanda agregada resultante; de un modo u otro el productor se encuentra sometido a lo que el propio Galbraith llama la “autoridad definitiva del consumidor”.

Como alternativa, Galbraith propone un esquema en el cual “el ajuste definitivo en cantidad significativa se realiza con el productor” y agrega:

las necesidades del individuo, aunque parezca superficialmente que se origina en él, obedecen en definitiva al mecanismo que la satisface. En la manifestación práctica de ese ajuste, la empresa productora vigila sus propios precios en el mercado. Y va más allá de ese control para persuadir al consumidor de observar el adecuado

y correspondiente comportamiento. También escoge y proyecta productos con vistas a su valoración ya que sirven para dicha persuasión. Esto en una sociedad en que la vigorosa y reiterada propaganda de los artículos hace que éstos parezcan importantes para el bienestar, atrayendo la atención del individuo. La persuasión se ejerce en el contexto de un abastecimiento de artículos generalmente copioso, que significa que satisfacen una necesidad psíquica más que física. Ulterior consecuencia de ello es que el individuo se abre a la persuasión —que afecta su psiquismo— como no se abriría si sólo se tratase de efectos físicos.

Hasta aquí Galbraith, quien maneja un esquema que resulta apropiado para Estados Unidos o más ampliamente, para los países desarrollados. Por nuestra parte debemos agregar los efectos no sólo distorsionantes y deformantes que la soberanía del productor nos impone, sino también la hipertrofia que provoca en las estructuras de producción y consumo, la canalización de recursos productivos e ingresos hacia renglones que ni imaginativamente podrían ser calificados de prioritarios. Pero esto ameritaría una discusión por separado.

Adicionalmente, la estructura de los gastos del Estado presta un apoyo fundamental al condicionamiento del individuo, bien por el camino de proporcionar la infraestructura para el consumo conspicuo (por ejemplo, autopistas para vehículos de alta velocidad) o bien por el camino de la toma de decisiones autónomas que no requieren “votos” aprobatorios de los consumidores y que sólo afectan sectores muy sofisticados de la estructura productiva y en los que sus costos son harto dispendiosos (aviones supersónicos, industria aeroespacial y sobre todo armamentismo).

Resulta obvio que la razón de todo lo anterior reside en el hecho de que las modernas economías industriales se encuentran asentadas sobre bases de tal naturaleza que no pueden permitirse el lujo, por demás aleatorio, de dejar en manos y al libre albedrío de los consumidores el presente y las perspectivas estratégicas de vastos recursos aplicados a sus respectivos renglones productivos. Las todopoderosas organizaciones industriales y mercantiles operan en terrenos ampliamente conocidos, de preferencia libres de obstáculos y nada les resultaría más pueril que permitir que “el voto libre de los consumidores” se manifestase. En las condiciones actuales, pues, resulta más juicioso enfrentar el equilibrio del consumidor prescindiendo de las nociones de pureza, perfección del mercado y asumiendo la formación del precio

en las condiciones de la competencia oligopólica en el supuesto, claro está, de que creamos que el desarrollo actual de esta parte de la teoría resulte realmente útil tal como está formulada. Hemos señalado cómo y por qué es evidente que resulta útil desarrollar los supuestos de Galbraith sobre el papel del productor en la formación de la demanda agregada y finalmente revisar muy acuciosamente el papel del Estado en la formación de los precios, ya que es obvio que su papel es mucho más importante que el de situarse en “equilibrio”.

Godelier aclara que el cálculo marginal no implica de por sí ningún “compromiso” teórico, en tanto que, a pesar de sus pretensiones, se trata de una técnica sin carga doctrinal de ninguna especie.

Por tratarse de una herramienta matemática, su uso, meramente técnico “como de todo procedimiento matemático o estadístico, es indiferente a la naturaleza de las realidades que mide y a la validez de las categorías económicas que definen esas realidades”. Este teórico plantea finalmente que, el problema de la relación entre la teoría marxista y la teoría marginalista del valor no es el de saber cuál de estas teorías aporta fundamentos para usar este cálculo, sino el de saber “cuál de ellas informa realmente sobre el valor y el precio de las mercancías.”

El problema entonces se plantea en términos del supuesto de que deben buscarse los puntos de coincidencia de las teorías marxista y marginalista intentando completar “la teoría marxista del valor y de los precios”.

Para el caso, Godelier aclara que “los marginalistas creyeron construir una teoría del valor pero de hecho desarrollaron elementos de una teoría de los precios (en tanto que) los marxistas contestaron con una teoría de los precios”. La hipótesis entonces consiste en afirmar que

el marxismo constituye la única teoría del valor posible y proporciona por ello el fundamento de la teoría de los precios, pero esta última, para desarrollarse con fundamento, exige la integración de numerosos análisis marginalistas relativos a la formación de los precios.

Por nuestra parte creemos que, efectivamente, la proposición de Godelier podría ponernos en el camino de un desarrollo teórico que tomando como base explícita la creación del valor de génesis marxista nos lleva a la esfera de la realización del valor que, son dos “momentos” del análisis marxista claramente diferenciados.

Esto último, o sea la formación de los precios, representa efectivamente el talón de Aquiles del pensamiento marxista y aquí precisamente se incorporarían aquellos elementos del análisis marginal que resulten pertinentes.

Es bien conocida toda la argumentación marxista que desdobra muy claramente el proceso de formación de valor a partir de los conceptos de capital variable y plusvalía, que confieren a la mercancía su valor de cambio; en este punto se opera en su naturaleza un cambio cualitativo ya que a partir de este momento *ya no importa* cuáles hayan sido los montos reales de valor creados, sino que la realización del valor de las mercancías depende ahora enteramente de las fuerzas de la oferta y la demanda en la forma en que todos sabemos que se establece el precio de equilibrio de una mercancía cualquiera. Hemos llegado, pues, a un punto sumamente conocido. A partir de una serie de supuestos totalmente distintos, ya sabemos que el análisis neoclásico inicia en este punto de su especulación. Trataremos ahora de rencontrar aquellos elementos que nos pueden ayudar a concluir, por fin, el análisis.

El análisis marxista inicia su especulación en la producción para llegar a la esfera del mercado aclarándonos que en el aspecto de la realización, las mercancías pueden o no, dependiendo de la oferta y la demanda, recuperar su costo de producción real; por el contrario, el análisis marginalista trata de partir de las necesidades individuales y sociales, atomizadas en el individuo y objetivadas en la demanda colectiva de las mercancías para remontarse hacia el proceso de producción, en virtud de que las apariencias señalan que es en la puja de la oferta y la demanda donde realmente se gestan las condiciones objetivas y subjetivas de productores y consumidores. Parece que las diferencias son bastante claras.

Desde el ángulo de la crítica liberal, Galbraith llega a coincidir con Marx, no precisamente en su especulación sobre el origen del valor, pero sí en el plano de afirmar que la línea de fuerza del consumo y por tanto el elemento dinámico en la formación de los precios no va del consumidor al productor sino a la inversa. La fuerza motriz del mercado no se origina pues en el consumidor sino en el mercado; examinaremos con mayor cuidado esta presunción de Galbraith que, insistimos, tiene cierto parentesco en cuanto a la dinámica con los supuestos marxistas.

Es claro que la relación valor-precio nunca se rompe totalmente ya que el precio, en definitiva, no tiene ninguna posibilidad de estabilizarse más que cuando gira en torno al costo de producción. La propia

escuela neoclásica establece una relación inversa entre los periodos del mercado y la preponderancia que establece la demanda sobre “el valor”.

Tanto la teoría marxista como la marginalista nos puede llevar, en la opinión de Godelier, a una teoría del valor que culmine con una teoría de los precios si *a)* analiza la oferta y la demanda, *b)* estudia las condiciones de la oferta y la demanda y, *c)* explica la naturaleza competitiva o monopolística de la producción y la distribución.

En síntesis, la explicación marxista sobre la formación de los precios arranca, en primer término, del proceso de producción mismo, en la forma ya descrita y pone en primer plano el contexto social que predetermina el origen y el monto de los ingresos de los consumidores a la vez que los sitúa no como meros entes intemporales e indeterminados, representantes de ciertas categorías universales, ansiosos de igualar sus utilidades en el margen, sino como sujetos de una realidad contradictoria, insertos en una situación concreta y normalmente compulsiva como integrantes de las clases sociales, con intereses históricos, específicos y directos.

Todos están de acuerdo en el papel preponderante que juegan la oferta y la demanda dentro del análisis económico. Sin embargo, si esos dos elementos se fincan sobre la noción de utilidad o en el mejor de los casos en la preferencia de los consumidores, la idea vuelve a hundirse sin posibilidad de recuperación alguna. Para que la oferta y la demanda puedan asentarse sólidamente como una resultante del análisis de las clases sociales, debe presuponerse la revisión de la forma en que se reparte el producto social. Finalmente, todo ello implica penetrar profundamente en la revisión de la estructura capitalista.

Despojar a la oferta y la demanda de lo que su explicación tiene de puramente funcional implica descubrir las formas internas, íntimas, de las relaciones económicas capitalistas. Resulta entonces que la oferta y la demanda no son el principio del análisis sobre el funcionamiento del mercado sino, por el contrario, su conclusión; no constituyen la base de la economía de cambio, sino su remate.

En los planteamientos originales de Marx prácticamente no se encuentran elementos analíticos acerca de las tesis sobre la manipulación del consumidor, aunque bien pudieran señalarse muchos textos en los que de manera explícita se indica la preponderancia del productor en el contexto de la estructura social. Ni siquiera requiere de una excusa el hecho de que para Marx no fueran motivo de preocupación estas prácticas; simplemente no las examinó porque en su época no

constituían un hecho fundamental motivo de atención. Por el contrario, en la actualidad la manipulación de las preferencias del consumidor, de ser el elemento activo que le supone la escuela neoclásica en la formación del mercado, se ha tornado en elemento subordinado a la estructura productiva altamente monopolizada o en todo caso, en proceso de serlo.

Desde diferentes puntos de vista, Thorstein Veblen, Alvin Hansen, Marcuse y Galbraith, han manejado con mayor o menor profundidad este elemento que resulta definitivo en la explicación del mercado, elemento sustancial en las modernas sociedades basadas en el intercambio masivo de bienes y servicios.

La manifestación de los gustos, libérrimamente expresados con su inevitable e insípida circunstancia intemporal y estática no nos dice mucho sobre el asunto. De otra parte, las preferencias manipuladas por la tecno-estructura de Galbraith tampoco señalan, en el largo plazo, un camino seguro para transitar ya que, si bien no resulta difícil estar de acuerdo en los supuestos no es posible llegar a las mismas conclusiones de este autor. De momento, esta situación no ofrece perspectivas que permitan afrontar con optimismo este punto del análisis.

El combate, real o supuesto, entre la teoría marxista y la de Jevons, en todo caso nada tiene que ver con una crítica a la teoría de la utilidad considerada en sí misma. El repudio que generalmente se expresa hacia esta parte del análisis económico se origina de una manera harto justificable en el hecho de que el conjunto del marginalismo casi siempre ha asumido la posición de una apologética lisa y llana; desde ese punto de vista debe compartirse, y compartimos, el rechazo.

Deben aclararse algunos casos relacionados con la noción de utilidad, como punto de partida para definir criterios de bienestar, o sea una utilidad entendida como "utilidad social" que viene a ser una categoría de análisis a la cual Marx mismo concedió una gran importancia, ya que no es muy difícil revisar los puntos de vista de la teoría marxista sobre una teoría de la utilización de los factores a partir del "valor de uso de los artículos para el consumidor y el valor de uso social".³

Congruente con esto, la satanización del cálculo marginal tampoco parece tener una fundamentación demasiado sólida ya que no es posible atribuirle a ninguna técnica absolutamente ningún propósito, ni explícito, ni implícito de carácter apologético o justificativo. Esto

³ A. N. Efimov, citado por Dobb, Maurice, *Economía del bienestar y economía del socialismo*, pp. 6, 7 y ss.

es, la utilización del análisis de las magnitudes marginales es necesaria en toda ciencia, incluyendo la economía.⁴

La utilidad, como quiera que la entendamos, ya sea como magnitud mensurable o como actitud valorativa del individuo ante un artículo de consumo, implica la búsqueda de un óptimo. La ubicación y búsqueda de la "mejor" posición del sujeto ante los satisfactores es independiente de los parámetros sociales y rápidamente se transforma en una condición de atemporalidad e "inespacialidad" que no puede ser soslayada para evaluar correctamente la noción. Sin embargo, comprendida la noción como la búsqueda de un óptimo de carácter social, objetivo susceptible de responder en términos menos elusivos y más tangibles a la interrogante de un óptimo social, aquélla no puede ser, ni mucho menos, una noción que deba ser rechazada por principio. Uno de los objetivos de esta disertación está encaminado a plantear esta interrogante parcial.

UNA APROXIMACIÓN AL PROBLEMA PEDAGÓGICO

Decir que la enseñanza de la economía debe ser científica, objetiva y crítica no pasa de ser una afirmación vacua y en el mejor de los casos una proposición que para que sea tangible requiere de ser substanciada en todas sus partes. Tomando de aquí y allá vamos a tratar de desarrollar un alegato que presente de la forma más convincente, una serie de criterios de valuación que nos lleve a ponderar el valor real de las escuelas neoclásica y marxista, beneficiarnos de sus aciertos y errores e intentar aclarar el sentido de sus limitaciones, de forma tal que por lo menos seamos capaces de señalarlas con alguna certeza. Una vez más, plantearse correctamente el problema significa avanzar hacia su solución.

Para cualquier persona que se encuentre interesada en la discusión de algún tema económico resulta indispensable encontrar un lenguaje común con sus interlocutores. En nuestras condiciones, la veracidad, la medición, la cuantificación, la observación cuidadosa y la experimentación⁵ juegan un papel definitivo si deseamos algún género de entendimiento.

No basta señalar que la conducta del consumidor o la teoría de los precios son falsas o en todo caso que su aprendizaje no representa

⁴ A. N. Efimov, citado por Dobb, Maurice, *op. cit.*

⁵ Boulding, Kenneth, *Crítica a la ciencia económica*, Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1972.

ningún género de utilidad para el estudiante de economía; si hemos de hablar un lenguaje común es imprescindible mostrar en qué consiste la teoría en cuestión y a renglón seguido indicar cuáles son las virtudes, errores, así como las limitaciones que pudiera padecer.

Igualmente, la teoría marxista explica de manera más vívida una serie de cuestiones sobre la realidad social pero adolece de muchos defectos en el manejo de su instrumental analítico, más aún, algunos supuestos básicos son incompletos y el valor de su argumentación resulta discutible como punto de partida para lo que se desea probar, como en el caso de la teoría del valor-trabajo. De la misma forma en que debe criticarse la enseñanza de la economía en lo que tiene de apologética, también debemos ir en contra de tendencias que van a la exegésis de los textos sagrados.

Importa destacar, entonces que la escuela marxista si bien tiene una *significación fundamental*, no es en modo alguno la *única escuela* de pensamiento económico que puede calificarse de científica; sostener tal cosa, aparte de ser dogmático y por tanto erróneo desde el punto de vista de la formación profesional, implica condenar a la esterilidad las múltiples vertientes de inquietud intelectual y del desarrollo científico. Más aún, aparte de no beneficiarnos con una auténtica perspectiva, corremos el riesgo de ignorar las múltiples objeciones y errores evidentes que en muchos aspectos particulares adolece el pensamiento marxista.

Quizá la verdadera grandeza de la economía como ciencia reside en el hecho de que es capaz de expresar plásticamente, con toda veracidad y profundidad, la compleja realidad de los hechos históricos; no sólo eso, también debe mostrar una congruencia lógica tan irrefutable como para poder mostrar a los hombres, aquí ahora, una perspectiva, una senda hacia el futuro. Es posible que esto no sea más que un haz mal hilvanado de buenos propósitos, lenitivos para nuestras propias frustraciones pero es imprescindible señalar que, en nuestra opinión, es la única verdad válida para ser transmitida.

Por otro lado, las críticas hechas a especiosos y formalistas “modelos económicos” son tantos y de tan buena calidad que no creemos que resulte necesario glosarlos en esta parte; de otra parte no estimamos que éste sea un buen camino para ser mostrado a los que se inician en el estudio de la economía.

Nuestro objetivo puede resumirse indicando que el ensayo está dirigido básicamente a los estudiantes de economía, quienes experimentan la perplejidad de escuchar, en periodos relativamente cortos, versiones

totalmente contradictorias sobre puntos en los que supuestamente no debieran existir discrepancias. Esto se torna más angustioso si recordamos que normalmente el estudiante no se encuentra preparado para la controversia y debe aceptar estoicamente, aunque sin comprenderlos del todo, los “párrafos aclaratorios” de ponentes que —como el autor— no hacen más que sumirlo en la incertidumbre.

Joan Robinson expresó sus aprensiones por la enseñanza de la teoría económica, señalando que esperaba que su esfuerzo, aunque honesto y persistente, tuviese algún género de utilidad. No se requiere poseer ningún grado de hipersensibilidad para percatarse de que, en efecto, la enseñanza de esta materia se encuentra plagada de una cantidad casi infinita de recovecos que no hacen sino introducir numerosas dudas sobre la dirección real del objetivo. Sin embargo, existe una circunstancia confortante: nadie hasta ahora discute con seriedad la pertinencia de la enseñanza de esta disciplina. Luego, debe esperarse que al margen de las dudas que pudiesen asaltarnos, seamos capaces de transmitir por lo menos dos certidumbres: la primera es la indudable utilidad que la teoría es capaz de otorgar al economista en tanto le proporciona su herramienta analítica fundamental, sin cuya posesión el profesionista es inválido ante los hechos económicos. La segunda es la de que se debe perseguir con persistencia, honradez y objetividad la meta de lograr que la disciplina sea cada vez más una perspectiva científica, si se considera que no existe en este terreno una sola palabra que pueda señalarse como la última posible en ningún aspecto.

Sin embargo, éste pretende ser un mensaje reconfortante. Nuestra intención es la de relativizar algunas afirmaciones más categóricas haciendo ver que, aunque la confusión no es total, tampoco resulta demasiado importante apresurarse en sentar plaza bajo las banderas que amenazan constantemente con la excomunión. Más aún, el saber que dentro del análisis económico queda aún mucho por hacer, presenta la perspectiva, que pudiera ser halagüeña, de acometer desarrollos teóricos ahora inexplorados.

La primera prevención que debe hacerse a todo estudiante que se inicia en la ciencia económica es respecto a la unilateralidad. Nada resulta más engañoso y frustrante que presentar análisis que son “economía” contrastándolo con otros que “no lo son”, máxime cuando no se tienen a la mano los conocimientos necesarios para juzgar. Los peligros de un planteamiento de esta naturaleza son obvios: en principio el desconocimiento y en el peor de los casos el dogmatismo, el rechazo irracional, el prejuicio y la repulsa sin conocimiento de causa.

De una vez por todas debe señalarse que, justamente valoradas, las principales escuelas del análisis económico son relativamente capaces de explicar con mayor o menor congruencia hechos y circunstancias dentro del mundo social y económico. Igualmente, no existe escuela que pueda jactarse de ser invulnerable en todas las situaciones que plantea el análisis; las virtudes al igual que los defectos concurren en mayor o menor medida a conformar una realidad analítica cualquiera. De unos y otros debemos ocuparnos enseguida.

Podríamos señalar algunos de los objetivos que debiera contener la enseñanza de la economía política. El estudio habría de poner en la discusión siempre y en todo momento, las múltiples variables sociales que forman parte del *status quo*, analizar las distintas resultantes del hecho de que el país sea una nación dependiente e inserta en el núcleo de los Estados capitalistas, revisando las múltiples condicionantes históricas que hacen que las cosas sean precisamente de ese modo e iniciando esta revisión a partir del concepto del imperialismo que situaría a los estudiantes en un marco de referencia absolutamente realista además de que iniciaría su estudio a partir de un complejo en el cual casi todo mundo está de acuerdo.

El desarrollo del planteamiento anterior llevaría al estudioso al análisis de las *consecuencias* del problema planteado, lo que permitiría analizar las relaciones sociales, de las que se derivan temas como la propiedad privada, el régimen salarial, la distribución del ingreso, entendida como una resultante de los parámetros sociales básicos y no sólo en términos de una descripción funcional de "hechos" que ocurren dentro de la estructura económica o sea la revisión del problema fundamental que implica la desigualdad del ingreso, su origen, sus consecuencias así como su evidente imposibilidad de corrección, por lo menos en términos del sistema actual. El esquema anterior debiera ir acompañado de un análisis de las clases sociales dominantes y sus relaciones económicas, políticas y funcionales con las demás, concluyendo esta parte en una revisión muy minuciosa del papel del Estado dentro del complejo social, como reorganizador de los recursos productivos, como consumidor y productor, como suministrador de la infraestructura y finalmente, como árbitro y salvaguarda de las instituciones y valores del sistema. Finalmente debiera incluirse a lo largo del temario propuesto un análisis del papel que juega la ideología en el condicionamiento social.

Todas las escuelas de pensamiento económico toman muy en cuenta la existencia de las sociedades económicas basadas en el intercambio

y más concretamente analizan su funcionamiento desde el ángulo específico del mercado. Para los que inician sus estudios en la ciencia económica les resulta profundamente desconcertante enfrentarse de improviso con los dos enfoques que sirven de base para examinar este hecho fundamental del análisis económico contemporáneo. De una parte, el análisis marxista de profundo corte sociohistórico, presenta al mercado como un complejo *resultante* de un conjunto de hechos y desarrollos en los que *culmina* una organización totalmente mercantilizada basada en el lucro y la producción organizada sobre la base de la explotación del trabajo asalariado. Estas tres características básicas de la organización social son las que en su conjunción han dado lugar a las modernas sociedades capitalistas altamente industrializadas; asimismo, es ampliamente conocido el énfasis que da este análisis al conjunto de elementos sociales que condicionan las principales pautas de conducta del individuo dentro de su ámbito.

En contraste con el tratamiento sociohistórico de raigambre marxista, el otro ángulo analítico tiene como punto de partida una serie de observaciones empíricas en torno a la conducta del individuo en la perspectiva de su actividad para satisfacer sus necesidades, habida cuenta de que los medios para lograrlo son relativamente escasos. Dadas las premisas, se construye una estructura teórica que tiene como trasfondo implícito la existencia de la sociedad capitalista, tal como la conocemos, con una serie de valores, similares a los que, a su vez, reconoce el análisis marxista además de sus consecuencias más inmediatas y visibles: la división de la sociedad en clases, la distribución del producto social —en renta, interés y beneficio— para los propietarios con la inevitable consecuencia de su inequitativa distribución, así como otras consecuencias de similar o menor importancia. Deslindar los límites de los esquemas básicos esbozados líneas arriba, no es en modo alguno una tarea simple, lo cual acarrea una gran cantidad de desconcierto y frustración.

En tercer lugar, nadie previene a los estudiantes sobre el hecho de que en las ciencias sociales no existen *nunca* soluciones simples, ni tampoco respuestas sencillas y en ocasiones ni siquiera unívocas; el problema se encuentra en la naturaleza misma de las cosas y la precipitación, la impaciencia y el esquematismo no contribuyen sino que demoran el esclarecimiento de los problemas.

Otro hecho importante que debe tomarse en cuenta es que, de algún modo, las tesis fundamentales que por lo general se proponen, distan mucho de ser exhaustivas y por tanto no resultan satisfactorias por incompletas, amén de que casi ninguna de ellas resiste una revisión

a fondo sin que salgan a la luz sus defectos, más o menos obvios y otros más que resultan fundamentales en la tesis propuesta. En este sentido, los estudiosos también deben tomar sus precauciones; más aún, esta circunstancia no debe ser vislumbrada sólo desde su perspectiva negativa; también pueden y deben ser vistas en razón de las respuestas erróneas y/o incompletas que siempre existen en el estudio de cualquier disciplina, hecho que resulta estimulante para espíritus genuinamente científicos. La imperfección de los esquemas teóricos característicos de las ciencias sociales juegan en este caso un papel dialéctico: por una parte pueden frenar nuestra actividad inquisitiva pero realmente debieran estimular nuestra curiosidad, ya que ésta debe variar en sentido inverso a la perfección de la ciencia de nuestra predilección.

La impaciencia que revelan algunos estudiantes no coadyuva, por su parte, a dilucidar sus dudas. Todo lo dicho, resume algunas de las principales dudas que han consumido gran parte del tiempo y el talento de un sinnúmero de teóricos que han puesto en juego cantidades apreciables de agudeza, brillantez y honradez intelectual que los sitúa, independientemente de errores e intereses creados, entre el círculo de pensadores que deben ser estudiados con atención para que sus juicios sean examinados con ecuanimidad y raciocinio pleno. No existe fórmula mágica capaz de sintetizar la gran riqueza analítica de las ciencias sociales en unas cuantas fórmulas susceptibles de ser aprendidas y digeridas en plazos relativamente cortos; por el contrario, el juego requiere tiempo, inteligencia, dedicación y honradez de principios para poder participar responsablemente en él.

Es reconocida la dificultad que implica razonar a partir de abstracciones, o lo que resulta más problemático todavía, crear el hábito para poder razonar de ese modo desarrollando una argumentación a partir de ciertos supuestos abstractos. Recientemente se ha desarrollado dentro de la Facultad de Economía, una tendencia que de una u otra forma "reivindica" la práctica, "el hacer cosas concretas" y desprecia de manera tácita o a veces explícita, toda formulación teórica, cuando ésta no refleja con la esperada prontitud ciertos "hechos concretos de la realidad".

No es necesario ponderar demasiado los perjuicios que en la enseñanza de cualquier ciencia implica una actitud como la descrita. El "ver los problemas" no puede en modo alguno suplantar su análisis teórico, si bien es necesario examinar lo que éste pudiera tener de inexacto, insatisfactorio o definitivamente inútil, en cuyo caso desecharlo para sustituirlo por un puro practicismo es totalmente erróneo por anticientífico.

En todo caso lo procedente es sustituir todo aquello que en su desarrollo teórico resulta inadecuado por algo más útil. No pueden ocultarse las dificultades intelectuales que presenta la abstracción, pero tampoco puede obviarse la necesidad de su uso y menos aún puede aceptarse que su rechazo sea hecho a título de “reivindicar la realidad”, cosa que casi siempre se hace con mera palabrería altisonante.

La eficacia de una disciplina científica, cualquiera que ésta sea, corre pareja con la eficacia que es capaz de mostrar el establecer las relaciones causales entre el conjunto, aparentemente caótico que por su especialidad le toca analizar. Asimismo esta eficacia se verá potenciada en mayor medida en tanto sea capaz de elevar su especulación a los niveles de abstracción más alta posible. Para expresarlo con las palabras de Bertrand Rusell, la ciencia es pensamiento —poder que se ve progresiva y aceleradamente potenciado; a medida que se aumenta la abstracción “los triunfos intelectuales de la ciencia son acrecentados”.⁶

Es natural que los estudiantes experimenten cierto desencanto o frustración cuando examinan la problemática y los hechos económicos, y no hallan de inmediato una respuesta —normalmente simple— en la teoría que son capaces de aprender de inmediato. Las respuestas nunca son lo suficientemente simples o peor aún, no existen y/o no son unívocas y no se tiene la suficiente capacidad para discernir los elementos que integran dos o más respuestas que, además, generalmente son contradictorias. Magdoff⁷ se refiere a estos problemas señalando que *todos* los estudiantes de economía experimentan una serie de dificultades cuando deben manejar abstracciones ya que esto implica el “aislar las fuerzas más importantes que determinan el cambio y el desarrollo” y agrega:

pero en la vida real estas fuerzas aparecen entremezcladas con muchas otras. La verdadera tarea en el análisis económico es moverse de una parte a otra, inteligente y cómodamente: de la teoría abstracta a la realidad concreta y viceversa. Surgen serias dificultades si el salto entre lo abstracto y lo concreto es muy repentino y muy extremo, sin que se conceda la atención adecuada a las capas intermedias del análisis.

⁶ Rusell, Bertrand, *La perspectiva científica*, p. 70.

⁷ Magdoff, Harry, *La era del imperialismo*, p. 21.

BIBLIOGRAFÍA

- / Boulding Kenneth, // Crítica a la ciencia económica, Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1972.
 / Dobb Maurice, // Teoría del valor y de la distribución desde Adam Smith, Siglo XXI editores, 1975.
 / Dobb Maurice, // Economía del bienestar y economía del socialismo, Siglo XXI editores, México, 1971.
 / Galbraith John Kenneth, // El nuevo estado industrial, Ediciones Ariel, Barcelona, 1972.
 / Galbraith John Kenneth, // Economía y subversión, Plaza y Janés Editores, Barcelona, 1972.
 / Godelier Maurice, // Racionalidad e irracionalidad en la economía, Siglo XXI editores, México, 1971.
 / Magdoff Harry, // La era del imperialismo, Ediciones Nuestro Tiempo, México, 1970.
 / Meek R. L., // Economía e ideología, Ediciones Ariel, Barcelona, 1972.
 / Robinson Joan, // Libertad y necesidad, Siglo XXI editores, México, 1970.
 / Russell Bertrand, // La perspectiva científica, Ediciones Ariel, S. A., Barcelona, 1971.
 / Sweezy Paul y otros, // Crítica a la ciencia económica, Ediciones Periferia, Buenos Aires, 1972.

